

Claude Marchant

y su «ballet» negro

Por Néstor R. Ortiz Oderigo

Que el negro ha aportado al hemisferio del arte una nueva sensibilidad, una dimensión nueva, caracterizada por un profundo expresionismo, por un dramatismo estremecido y por una elocuencia directa y descarnada, es algo que nadie, ni siquiera los más acérrimos detractores del hombre de color, puede llevar a la arena de la polémica. En todas las épocas, en todos los meridianos y dentro de las múltiples facetas de las manifestaciones artísticas, la raza de Cam ha logrado destacarse con perfil y acento propios. No constituye, pues, una simple casualidad el hecho de que el conde de Gobineau, quien no se caracterizó, precisamente, por su simpatía hacia este sector étnico, haya manifestado que la raza negra es la raza del arte.

El Ballet de Arte Negro de Harlem que encabeza el bailarín y coreógrafo Claude Marchant, y que nuestro público ha podido juzgar hace unos meses, en un teatro de Buenos Aires, viene a confirmar, una vez más, si ello fuera preciso, nuestras aseveraciones. Porque no cabe la menor duda de que, frente a este espectáculo, nos hallamos en presencia de un conjunto artístico interesante.

Discípulo de la danzarina Katherine Dunham y miembro de su compañía hasta hace poco menos de un lustro, en que abandonó a esa artista para formar su propio conjunto, Claude Marchant exhibe en sus danzas algunos de los recursos estéticos cultivados por la citada danzarina. Sin embargo, su grupo, en general, en lugar de presentar *Ballets* formales, orgánicos, de largo aliento, como los memorables *L'Ag'ya* y *Shangó*, de la distinguida antropóloga, realiza cuadros sueltos, estampas dinámicas, a cargo de solistas o pequeños conjuntos, que se desarrollan sobre la base de un marco desprovisto de toda complejidad, pero de efecto directo y elocuente.

Resulta incuestionable que Claude Marchant es un bailarín dúctil, inteligente, dotado de incuestionable



Claude Marchant

expresividad y que sabe lograr el efecto deseado, sin forzar inútilmente el juego coreográfico. Y en la cimbreante y plástica Kathleen Stanford encuentra una colaboradora eficaz, comprensiva, graciosa en sus movimientos y en la mímica de su danza, así como elocuente en su expresividad. Cabe destacar también a la dinámica Ruth Ham, dueña de un ritmo alado y un *swing* trepidante.

Si como danzarín Marchant reúne las cualidades anotadas, en cambio, en su carácter de coreógrafo no raya a la misma altura. Porque sus com-

posiciones se desarrollan a lo largo de un cauce simple, donde no se advierten el deseo o las posibilidades de elevar el vuelo artístico. Y es que el anhelo de Marchant, manifestado en el curso de una de nuestras entrevistas con el artista, en el sentido de no recargar de negrismos su espectáculo, para no estrechar las fronteras de su atracción, redonda en perjuicio del propio interés que su *ballet* provoca. Pues resulta evidente que si el artista buceara más a fondo en las tradiciones y en los recursos del genuino y palpitante arte afroamericano, sus expresiones ganarían poderosamente en fuerza, en hondura y sugestión.

Testimonios de ello son los cuadros titulados *Africa* y *Danza del Fuego*, de neto acento afro, y que, no por pura casualidad, son los puntales más sólidos sobre los cuales se yergue el arte de Claude Marchant, como danzarín y coreógrafo, así como el de sus subordinados.

En cuanto a la faz musical, es realmente sensible que, contando el folklore afroamericano — de las tres Américas — con tan rico y variado acopio de melodías, el artista recurra a páginas populares como las de Xavier Cugat y Cole Porter, que disuenan en expresiones coreográficas a las que se desea imprimir un sello afro. Se compensa, en parte, este punto endeble, gracias a la vigorosa intervención de una percusión de ritmo ceñido e inexorable, a cargo de André Este, Chino Pozo y Salvador Goteldo, quienes tañen tambores conga, bongós, timbales y un *banká* o *ekón*, instrumento típico de los negros lucumíes de Cuba.

